

Marcelino Domingo habla de su vida de luchador

MARCELINO Domingo es, sin discusión, uno de los hombres más populares de la naciente República, y también uno de los que gozan más respetos y simpatías. Su vida, limpia, transparente y austera, es conocida y admirada hasta en los rincones más apartados de España.

El título de ministro de Instrucción pública no ha contribuido nada a aumentar su prestigio. Hoy no es más conocido que ayer, ni más admirado ahora que se sienta en la poltrona ministerial que cuando escribía artículos desde el cuarto modesto de la pensión en que vive o desde alguna celda de la cárcel.

La vida de Marcelino Domingo es la vida de un gran luchador. Este hombre, al parecer insignificante, lleva dentro un coloso. De origen modesto y sin otro patrimonio que su claro talento, ha sabido vencer todos los obstáculos, y tiene el orgullo de poner al servicio de su patria, por amor a la cual ha luchado tanto, una vida laboriosa y fecunda, sin que se registre a lo largo de toda ella una sola claudicación.

Yo quiero hablar hoy a los lectores de Marcelino Domingo, pero más que del Marcelino de hoy, de aquel que era hace algún tiempo, cuando fué maestro y monaguillo de monjas, y un poco también de sus andanzas políticas.

—Dígame algo de su infancia...

—Mi familia, por parte de mi madre, era muy religiosa. Una de esas antiguas familias llenas



Esta fotografía en que aparecen Marcelino Domingo e Indalecio Prieto, los dos temperamentos de luchadores, ejemplo de constancia y fe en el ideal, fué obtenida en los emocionantes momentos en que leían, en la habitación de su hotel de París, los telegramas recibidos con motivo del triunfo de la causa republicana en las elecciones del 12 de abril. (Fotos Palomo.)

de recato, de temor al infierno y de hondo espíritu familiar y eristiano. Yo era un chico como todos y sentía dentro de mí una gran aspiración: quería ser monaguillo, y lo fuí. Lo fuí en un convento de monjas que me querían mucho y me daban golosinas y leves cachetes cordiales en las mejillas.

—Llegarás a obispo—me decían—. Y yo esperaba lleno de vagas esperanzas.

—¿Después cambiaron radicalmente sus aspiraciones?

—Desde luego. Del convento pasé al cuartel de la Guardia civil donde mi padre era teniente.

Allí vi algo que impresionó vivamente mi espíritu. Era la época del anarquismo en Barcelona, y constantemente veía yo entrar en el cuartel filas de detenidos, hombres que no llevaban caída la cabeza sobre el pecho, sino que caminaban altivos, serenos, como sostenidos por una fuerza inexplicable para mí. Aquellos anarquistas pusieron, con su actitud, el primer germen de rebeldía en mi espíritu...

Marcelino Domingo calla, y por su imaginación desfilan las escenas del viejo cuartel lleno de detenidos rebeldes. Un momento después, continúa:

—A los once años comencé a estudiar el bachillerato. En el segundo curso conocí a Pi y Margall. Fué en Tarragona, en su último viaje triunfal. Recuerdo que yo recorría las calles con el deseo de encontrarle y poder dedicarle mi saludo.

Estudié después la carrera del Magisterio y me nombraron maestro auxiliar de una

escuela de Tortosa, con ocho duros mensuales.

—Fabuloso sueldo...

—Pues ya me hubiera contentado con que fuese efectivo. Lo malo es que eran ocho duros nominales, porque entonces no pagaba el Estado a los maestros, sino los Municipios. Con razón se ponía entonces al maestro de escuela como ejemplo de angustias de hambre.

—¿A qué edad comenzó a actuar en política?

—Sobre los diez y siete años. Durante nueve luché denodadamente contra los caciques, en medio de la enemiga familiar, que veían contrariados todos sus proyectos y hasta todas sus creencias. Fuí concejal, fundé una escuela laica en Roquetes. Después dejé la escuela para dirigir "La Publicitat", de Barcelona, y en el año catorce fuí diputado por primera vez.

—Y ya siempre, desde entonces...

—Menos una, en que salió diputado por Tortosa... otro señor.

—¿Qué intervenciones parlamentarias tuyas fueron las más resonantes?

—Las que hice sobre enseñanza y las de Marruecos.

—¿Contra quién luchó la primera vez que salió diputado?

—Contra el marqués de Villanueva y Geltrú. Una vez en Madrid, comencé a escribir, y el año diez y siete reuní un número de procesos difícilmente superable.

—¿Cuántos?

—Entre civiles y militares, algunos más de trescientos.

—¿Cuántas veces ha estado en la cárcel?

—¡Qué sé yo! Doce o quince. Acaso más... Perseguido por la Policía, siempre, hasta hace poco más de un mes.

Efectivamente, desde hace poco más de un mes, Marcelino Domingo ha dejado de ser el político perseguido, de romántica historia, para convertirse en gobernante, en ministro de los maestros que le idolatran porque empezó como ellos, peor que ellos, y de los estudiantes, que tienen en él un ejemplo magnífico. Pero a pesar de todo, sigue siendo el mismo. Ni siquiera ha cambiado de casa, y continúa en el cuarto de su antigua pensión como un estudiante o como un bohemio. Hace bien. Este cuartito, que abre su balcón sobre un Jardínillo, tiene un íntimo aspecto romántico, como su dueño.—MAYA.



Marcelino Domingo sigue siendo, después de su exaltación al Ministerio, el hombre austero y sencillo de siempre. Infatigable lector, he lo aquí, en su modesto cuartito de trabajo, rodeado de libros y periódicos.